

XXVIII REUNION DE AMIGOS DE LA CIUDAD CATOLICA

HOMILIA EN LA MISA DEL 8 DE DICIEMBRE DE 1989

Queridos amigos y hermanos de la Ciudad Católica. Después de oír verdades tan profundas y tan hermosamente expresadas por Francisco José Fernández de la Cigona y la elaboradísima conferencia de Elisa Ramírez yo, que pretendía explicaros el desarrollo histórico del dogma de la Inmaculada, por la presura del tiempo, voy a intentar siquiera ofrecer os unas pinceladas poniendo de relieve la intervención de nuestros mayores en la definición del dogma.

Cuando Pío IX, desde su destierro de Gaeta se dirigió al episcopado para que le comunicaran cuál era la fe de sus fieles acerca de la Inmaculada, los obispos hispanoamericanos respondieron al Papa que la creencia en esta verdad la habían recibido desde un principio con la fe que llevaron al Nuevo Mundo los españoles.

Quizá el testimonio más antiguo de la fiesta de la Inmaculada sea el canon de la misma debido a San Andrés de Creta, en la segunda mitad del siglo VII. En el siglo IX la celebración de la fiesta de la Inmaculada era general en Oriente. En Occidente fue España una de las primeras naciones que celebró la Inmaculada, y a San Ildefonso de Toledo cabe la gloria de haberla introducido en la ciudad imperial en el mismo siglo VII. A partir del siglo XI se celebraba en toda Europa.

Pero quiso la divina Providencia valerse de España para allanar el camino de la definición del misterio. En el Concilio de Basilea (1439), tras dos años de acaloradas controversias se impuso la opinión del teólogo español Juan de Contreras, segoviano, que defendió la Inmaculada Concepción contra teólogos de mucho peso. En las actas del Concilio se lee un decreto que es una verdadera definición de la Inmaculada. Pero por desavenencias de los padres conciliares con el Papa Eugenio IV, el Concilio acabó nulo y, por tanto, la definición también fue anulada.

En Trento, la actuación de los españoles fue algo casi épico en pro de la Inmaculada. Destacaron, sobre todo, las intervenciones del Cardenal Pacheco, obispo de Jaén, y las de los obispos de Cádiz, Astorga, Huesca y Canarias. Obispos, universidades y órdenes religiosas reclaman la definición del dogma.

No se quedaron atrás nuestros reyes en esta lucha espiritual en defensa de la Santísima Virgen María. Así, los Reyes Católicos consagraron a la Inmaculada la mezquita mayor granadina. Carlos V firmó en Toledo los estatutos de la primera cofradía concepcionista. Felipe II graba a la Inmaculada en su escudo.

A instancias de Felipe III se debió el decreto de Paulo V que prohíbe enseñar en público la sentencia antiinmaculista. Y Gregorio XV lo prohibiría incluso en privado, atendiendo a las reiteradas peticiones de Felipe IV, quien, en treinta años, envió doce embajadas pidiendo al Papa la definición del dogma. También Felipe V reclamó la definición en 1713 y 1732. Y en Carlos III recayó la gloria de conseguir para España y sus territorios de ultramar el patronazgo de la Inmaculada en 1760, un siglo antes de la definición del dogma. Es un hito uniforme de nuestros monarcas, que ya tuvo como antecesores a Juan I de Aragón y Alfonso V, que levantaron templos a la Inmaculada y celebraron su fiesta «como si fuese día de domingo». Y es que aquellos reyes españoles eran católicos de verdad. En nuestros días hemos visto cómo el gobierno socialista ha intentado suprimir la fiesta de la Inmaculada, y ha tenido que ser el pueblo llano quien se enfrentara al Leviatán, porque ya no quedan reyes católicos que reinen y gobiernen según la Ley de Nuestro Señor Jesucristo.

Esta es la historia. Por eso cuando Pío IX quiso levantar un monumento en Roma que perpetuase la memoria de la Purísima Concepción, dispuso que se levantara en la plaza de España. El mismo quiso bendecir la imagen, y para ello se personó en nuestra embajada el día 8 de septiembre de 1857, manifestando que tenía «la mayor complacencia de venir a la embajada de su Majestad Católica, por haber sido siempre España la nación más devota de la Virgen y la que más fervoroso culto había tributado a la Inmaculada Concepción». Y desde entonces los sucesores del Papa acuden cada año a la plaza de España para ofrecer a la Virgen Santísima su ofrenda de flores. Allí, en Roma, se han reunido hoy las tres madres de los auténticos españoles: la Inmaculada, la Iglesia y España.

Y nosotros estamos aquí reunidos para celebrar el XIV centenario del III Concilio de Toledo y para desmitificar la Revolución francesa. Hermanos, estáis locos. Sí, estáis locos. Os habéis reunido aquí hombres y mujeres de todos los rincones de España, franceses y portugueses, para celebrar un acontecimiento maléfico para la historia de España y la historia universal: ¡celebrar un Concilio oscurantista y anacrónico!, un Concilio que arrasó las legítimas libertades de las minorías étnicas, imponiendo tiránicamente la Unidad Católica, cuyo espíritu fanático e intransigente produjo las mayores calamidades que han caído sobre la historia de la Humanidad. Ahí está esa guerra multiseccular y salvaje contra aquellos pobres moros que traían para España y Europa la civilización y cultura islámica, que era un primor de moderación y demás lindexas. Ahí está la monstruosidad de la horrible matanza de indios del Nuevo Mundo —«evangelización

del Nuevo Mundo, gesta misionera sin par» (Juan Pablo II). Abí está aquel espíritu retrógrado que impidió que la racionalidad y el progreso protestante impregnara la Europa moderna. Abí está esa intransigencia granítica que se opuso violentamente a los benefactores del mundo contemporáneo que querían para España el más humanista de los comunismos. Sí, hermanos, estamos locos.

Sí, estamos locos, porque lo que hoy hay que celebrar es el pluralismo, los derechos del hombre, la Constitución, la democracia. Estáis locos, hermanos, pero no os alarméis, porque nuestra locura es sana y ortodoxa. Ya lo había vaticinado San Antonio Abad: «Vendrán tiempos en que los hombres se volverán locos, y cuando vean a alguien que no está loco le atacarán diciendo: “Estás loco, no eres como nosotros”». Sigamos, pues, con santo gozo estas jornadas de oración y estudio para proclamar al mundo entero que el III Concilio de Toledo ha sido la mayor gracia que el cielo ha concedido a los españoles y que Revolución francesa es la mayor hecatombe ocurrida en la historia de los hombres.

Sí, desmitificad a esa llamada Revolución francesa, que mejor sería calificarla de revolución satánica, porque el padre y motor de todas las revoluciones es el diablo. Sí, Satanás es el primer revolucionario.

Desenmascarad a los falsos católicos, seculares y eclesiásticos que, contumaces, promueven y propagan la mentira y la calumnia con todos los medios a su alcance. No tengáis miedo. Vuestra lucha es primordial. Lo ha recordado el cardenal Ratzinger: «El primer servicio que la fe hace a la política es la liberación del hombre respecto de la irracionalidad de los mitos políticos que son el verdadero peligro de nuestro tiempo».

Alertad con caridad a los incautos. Mucha caridad, porque como bien sabéis, lo que ha dado fuerza a la revolución es el haber encontrado conductores por todas partes donde debería haber encontrado obstáculos. Ilustradlos y animadlos con vuestro testimonio.

Proclamad de mil maneras lo que nos enseña el magisterio de la Iglesia, porque «hay quien tiene la costumbre no solamente de distinguir la política de la religión, sino de desunirlas completamente y de separarlas... Aquéllos, en verdad, no difieren mucho de los que desean que el Estado esté constituido y administrado fuera de Dios creador y dueño de todas las cosas» (León XIII).

Trabajad incansablemente para establecer en España y en el mundo entera el Reinado Social de Nuestro Señor Jesucristo «porque no es la Ley de Cristo la que debe acomodarse al mundo, sino el mundo al que hay que acomodar a la Ley de Cristo» (Juan Pablo II). «Lograr que la ley divina quede grabada en la

ciudad terrena» es la misión que el Vaticano II ha encomendado a los seglares.

Intrepidez ante todo, porque estamos en tiempos pacifistas y comodones de hipócritas y traidores. En su comentario al libro de Job, San Gregorio Magno, hablando de los cristianos de los últimos tiempos, decía que, «obedeciendo a una falsa política, serán tímidos y cobardes en la defensa de la verdad y por una culpable tolerancia, se callarán ante las violaciones de las leyes divinas y humanas. Predicarán la prudencia y la política mundanas y pervertirán, con sus sofismas y su facundia, el espíritu de los simples». Tiempos recios los que vivimos. Hacen falta hombres y mujeres valientes.

Seamos cristianos auténticos y venceremos. «En la lucha contra el materialismo hay que lanzar esta consigna: volvamos al cristianismo primitivo. Los cristianos de los primeros tiempos se opusieron a una cultura pagana y materialista que enseñoreaba sin oposición, se atrevieron a atacarla y, al final, se impusieron gracias a su tenacidad y mediante gravísimos sacrificios» (Pío XII).

Sacrificio. Oración y sacrificio, pedía la Virgen Santísima en Fátima. Para la conversión de Rusia y del mundo entero hace falta oración y sacrificio. No tengáis miedo al sacrificio. Somos hijos de un Dios crucificado. Vivid la fe en toda su plenitud, con todas sus exigencias, y el mundo será cristiano. «No caigáis en el error de pensar que se puede cambiar la sociedad cambiando sólo las estructuras externas o buscando en primer lugar la satisfacción de las necesidades materiales. Hay que empezar por cambiarse a sí mismo, convirtiendo de verdad nuestras almas al Dios vivo, renovándose moralmente, destruyendo las raíces del pecado y del egoísmo en los corazones. Personas transformadas colaboran a transformar la sociedad» (Juan Pablo II).

El desánimo no es cristiano. No penséis que es imposible transformar la sociedad. Ni tampoco penséis que se ha de convertir uno a uno a todos los mortales para transformar las estructuras paganas en cristianas; basta con un puñado de hombres y mujeres como Leandro y Hermenegildo, como Teresa e Ignacio. La historia así lo enseña: siempre ha sido una minoría quien ha regido el destino de los pueblos.

OMNIA INSTAURARE IN CHRISTO. Cristo tiene que reinar en las naciones, y con El su bendita Madre. El fundador de la Ciudad de la Inmaculada y mártir de la caridad, San Maximiliano M.^o Kolbe, decía a sus hijos espirituales: «Vosotros veréis un día la imagen de la Inmaculada en el centro de Moscú, dominando lo más alto del Kremlin». Sí, lo veréis. ¡Lo veremos!, porque nosotros sólo tenemos una esperanza y eres Tú, Virgen Purísima, Madre Inmaculada, Omnipotente por gracia.

MANUEL MARTÍNEZ CANO